

La presente circular se leerá *inter-missarum solemnía* tan luego como se reciba y las demas veces que los párrocos y eclesiásticos á quienes corresponde lo juzquen necesario, para que lleguen á noticia de todos los fieles las gracias que en ella se expresan.

Dios Nuestro Señor guarde á U. muchos años. Guadalajara, Setiembre 26 de 1883.

† Pedro,

Arzobispo de Guadalajara.

SECCION III.—Variedades.

LA ESCUELA.

(Continúa.—Véanse los números 17 y 18.)

Lo que une á los hombres, lo que distingue á las sociedades humanas de los rebaños, es la libre iniciativa de las voluntades. Los animales se asocian en virtud de la espontaneidad de su naturaleza, y los hombres, por el acuerdo de sus libres voluntades. En consecuencia, querer fundar las sociedades segun la naturaleza, es ultrajar la dignidad humana, es insultar al más noble de sus atributos, la libertad, que tanto se exagera tan hipócritamente en nuestros días para deshonrarla. La unidad pues en los deberes y en las leyes, para que de aquí afluya en las conciencias y en las voluntades, hé aquí lo que segun la lógica inexorable se necesita para que la sociedad pueda existir. ¿Contra estos principios venís ahora moralistas sin religion á querer ser los reformadores de la sociedad? ¿Cuándo suprimís el libre acuerdo de las voluntades, piedra fundamental de las naciones civilizadas, venís entonces, con embrolla-

dos cantos á encomiar las glorias de la libertad? ¿Cuando las trasformais en rebaños venís á exaltar ante ellas lo que llamáis nobles doctrinas del libre pensamiento? ¿Venís en fin á celebrar osl beneficios de la moral independiente, cuando suprimís la moral verdadera, origen de la unidad de las conciencias y de los deberes? Los pueblos os aclamarán, si lo quereis, pero esto será por unos días, porque estais sostenidos por el viento; pero no olvidéis que destruida la religion, anodado el principio de unidad social, quitada la piedra fundamental, entónces ellos, creyéndose libres, recurrirán á sus pasiones sin freno como su felicidad, creerán encontrar la libertad en sus locas pasiones, llamarán solidez lo que no es más que el equilibrio; finalmente perecerán sin causar sentimiento y sin hacer derramar una lágrima, porque su caída será un gran consuelo para la conciencia humana.

Tal es la nacion en su esencia, tales son los principios en que está basada su vida y su prosperidad. Hemos puesto las premisas: los dos primeros términos nos son perfectamente conocidos: el niño es un conjunto informe de bien y de mal, el que por la educacion y la instruccion se ha de convertir en un hombre en la más alta acepcion de la palabra: la nacion es una sociedad de hombres unidos entre sí por la comunidad de las creencias y de los deberes. Supuesto pues que aquellos niños serán un día la nacion, ¿qué debe ser pues la escuela, y cuál ha de ser su mision para formarlos?

III.

En el 93 se decia: la libertad, la igual-

dad, la fraternidad ó la muerte. Hace quince años se repetia: Roma ó la muerte. Eran dos gritos de guerra, tratándose en ambos periodos de vencer ó morir. Acepto la fórmula, aunque en otro sentido. Nosotros decimos tambien: ó Dios en la escuela, ó la muerte. El dilema es fatal; pero no por eso menos cierto: ó la escuela es CATOLICA, ó la nacion se pierde.

Como si no fuera mucho privar al niño de la primera educacion de su familia, y arrancarlo de la cuna para llevarlo á la sala de asilo como huérfano; como si no fuera bastante, que lo estuviera aguardando el taller para arrebatárle las últimas grandezas de su alma, haciendo de él en poco tiempo un escéptico, un libertino, todavía por un exceso de crueldad y á la hora en que su alma, desarrollándose, absorbe las puras alegrías de la primera comunión, como una flor abierta absorbe á la hora matutina los rayos del sol, lo quereis privar tambien de la escuela, y por consiguiente del conocimiento de Dios. Si haceis esto con él, ¿habeis pensado siquiera en el desencanto en que lo sumís por todo el trascurso de su vida? Decidme, pero con el acento de la verdad que os inspire vuestro corazon, poniendo en él vuestra mano: ¿creeis preparar al niño para mundo privándole de las suaves y profundas alegrías que le recuerdan los más hermosos días de su juventud? ¿No sabeis cuánta gracia y perfeccion comunican á el alma del niño la presencia de Dios infinitamente perfecto, así como la emocion generosa y la celestial felicidad que le comunica la visita de un Dios de amor? ¿No sabeis cuán precioso es este recuerdo en cualquier día de la vida para dul-

cificar sus lágrimas y calmar sus pesares; ¿Por qué pues venís á privar al niño de todas estas esperanzas? ¿Creeis que serán mejores cuando hayan tomado la resolucion de no ser obedientes, laboriosos, respetuosos y castos? ¿Creeis que sean más fuertes porque en sus debilidades y desalientos no levanten su corazon para pedir el auxilio á un Dios omnipotente y de infinita bondad? Todas las crueldades son odiosas, pero si se dirigen contra el inocente, y cuando son enteramente inútiles y desastrosas, constituyen un crimen irremisible ante Dios mismo que ha prometido vengarlas con el último castigo: sí, señores, porque, ó DIOS en la Escuela, ó la muerte.

Prescindamos por ahora de la cuestion de sentimiento, ya que tan poco afecta á nuestros austeros reformadores; y supuesto que tan amantes son de los grandes principios, vengamos á ellos. Una sociedad no puede vivir, ya lo digamos, si no gravita, si no se mueve al rededor de ciertas verdades precisas, bien definidas, sobre las que repose el espíritu, dándole toda su adquiescencia. Hay ciertos grandes problemas sobre el hombre, como son su origen, su fin; ciertos misterios, como su vida, su muerte; ciertas verdades, como la existencia del bien y del mal en el mundo, todo lo que impuesto al hombre para que lo crea, ex gen una solucion. A la sola intuicion de una inteligencia divina, conocemos que debe haber, y que existe tal solucion, y que puede y debe conocerse; y tratándose de que la conozca el niño, es necesario que se tenga íntegra, fidedigna, clara, porque su espíritu dotado de la rectitud y de la simplicidad, es natural-

mente curioso; todo lo pregunta, de todo se quiere dar razon, porque su edad le inspira horror al escepticismo y toda duda lo desalienta. ¿A quién pues, pedireis esta solucion para dársela al niño? ¿A los filósofos? ¿Y habeis encontrado, entre tantos, á dos solamente que estén de acuerdo sobre una misma cosa? ¿Habeis encontrado, siquiera uno solo de ellos que haya estado de acuerdo consigo mismo en todas las épocas de su vida? ¿Y estos son los maestros con que quereis dotar á los niños? Y á mayor abundamiento, decidme, ¿creis que estos pequeñitos encuentren interesantes sus elucubraciones, y muchas veces sus gerigonzas pedantescas? ¿Y creis que serian bastantes los años que pasa en la escuela para satisfacer su curiosidad cuando la vida toda del que le dais por maestro, no obstante sus estudios, su meditacion, no han sido suficientes para recoger mas que una pequeña partícula de la verdad? Para el espíritu límpido del niño es necesaria una doctrina simple, clara, verdadera, accesible en sus fórmulas, aun cuando sea profunda en su objeto; es necesario que se le enseñen cosas que se vean, que se toquen; hechos históricos que pongan la metafísica en accion: es necesario que todo tenga su razon de ser, y que en medio de las injusticias que los rodean, vean que hay una justicia soberana que resolverá, en este mundo, ó en el otro, todas las cosas, pesándolas en la balanza del santuario, dando sobre todo su última palabra.

Lo que no puede hacer la filosofía, lo conseguirá la religion. Desde el pesebre de Belen al derredor del que se levanta una sociedad de tal manera eva, como el mundo jamas la habia

conocido; desde los ángeles que vienen á entonar su *Gloria in excelsis*; desde los pastores que llegan pulsaudo sus zampoñas; desde los reyes que vienen á ofrecer sus presentes; y hasta el taller de Nazaret donde se encuentra al Hijo de Dios convertido en obrero; y hasta el Pretorio y el Calvario donde la naturaleza se horroriza de ver morir al Arbitro de la vida, todo es simple allí, todo sorprendente, todo sobrenatural y divino. El gran Dios y hombre á la vez, el mismo Jesus, prueba con esto, y sin que halla necesidad de otra demostracion, su poder y su divinidad, poniéndose admirablemente al alcance de todos, desde el niño que escucha con emocion sobre las rodillas de su madre la historia del nacimiento del niño Jesus, hasta el sabio de Grecia que se extremece y adivina la muerte de un Dios, observando desde el areópago el eclipse de sol del Viérnes Santo, y hasta los serafines que lo ven llegar despues de su conquista del mundo para sentarse con su humanidad triunfante á la diestra de Dios Padre en el cielo. Este mismo Jesus se define á sí mismo: *Soy la luz del mundo*. El niño pues, el anciano, el sabio como el ignorante, el legislador como el súbdito, todos, todos toman de esta fuente inagotable sus conocimientos los más profundos, sus inspiraciones las más dulces. Allí se unen todas las inteligencias con los lazos más estrechos, porque es la verdad, la única verdad, la verdad infinita: *Ego sum luz mundi: ego sum veritas*. Querer pues establecer las inteligencias fuera de esta unidad, que es la condicion esencial de toda sociedad, es un contradictorio. [Continuará]

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Octubre 22 de 1883.

NUM. 20.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA

de Su Santidad Leon XIII al R. P. Bouix, traductor al francés de los escritos de Santa Teresa de Jesus.

Querido hijo: salud y bendicion apostólica.

Era muy de desear que vuestros compatriotas poseyesen al fin en su lengua los escritos de la gran Teresa, Virgen del Carmelo, en toda la pureza del texto y elegancia del estilo, porque hay en esos escritos una fuerza más vecina del cielo que de la tierra, maravillosamente eficaz para la reforma de la vida, hasta el punto de que pueda decirse con rigurosa verdad que aun son leídos con fruto, no solo por los que se consagran á la direccion de las almas, ó aspiran á una santidad eminente, sino por todo hombre que cuida un poco de cumplir sus deberes y ejercer las virtudes del cristiano, esto es, de la salvacion de su alma.

Vos, pues, querido hijo, que habeis emprendido esta obra y que valerosamente

la habeis terminado con vuestra traduccion de los escritos de Santa Teresa, habeis ofrecido un gran presente á vuestra patria, bien que no sea Francia la única favorecida, sino tambien á los que conozcan vuestro idioma; y encontrándose hoy este por todas partes extendido, la utilidad de este monumento literario levantado por vuestro talento, puede sin duda alcanzar hasta más allá de los límites de Francia.

En cuanto á Nos, aparte del piadoso designio que os ha hecho emprender este trabajo y aparte de la belleza de su estilo, aprobamos altamente en vos la laboriosa y enérgica diligencia con la cual vos mismo afirmáis que habeis procedido para abrigar la certeza de poseer el verdadero texto de los manuscritos. Y si el pasado dejaba algo que desear en este punto, Francia puede al menos en adelante usar y utilizarse de vuestra solicitud y de vuestra fidelidad.

Por lo cual, ardientemente deseamos que gracias á vuestro trabajo, los fieles adelanten en gran número en las vías de salud, instruidos por las enseñanzas y los ejemplos de esta vírgen cuya vida despide un brillo inefable de pureza. Y si no pueden elevarse á este grado sublime de la santidad, patrimonio del menor número, que se esfuerzen sin embargo,